

## CRÓNICAS

### REVMO. P. D. LORENZO MANUEL MOLINERO ABAD DE SAN BENITO DE BUENOS AIRES 1901–1979

El 24 de mayo de 1979 falleció en su monasterio de Buenos Aires el Reverendísimo Padre D. Lorenzo Manuel Molinero, segundo abad de San Benito. La visita del Señor lo sorprendió dulcemente, para llevarlo a gozar de la paz después de una vida de entrega al Señor. Entrega manifestada durante tantos años de fidelidad y de constancia, en el servicio alegre y desinteresado, en el trabajo, agotador a veces, pero nunca retaceado, por su comunidad.

Manuel Fermín Molinero nació en Hacinas (Burgos, España), el 7 de julio de 1901, hijo de Pablo Molinero y de Mercedes Antón. A su llegada a la Argentina cambió su nombre de bautismo por el de Lorenzo, que de ahí en adelante sería el que lo identificaría. Niño aún perdió a su madre, y siempre lo acompañaría, como consuelo de esa pena tan fuertemente sentida, una especial ternura hacia la Virgen Santísima. Fue recibido poco después en la abadía de Santo Domingo de Silos, el famoso monasterio castellano restaurado por los monjes de Solesmes en 1880. Era abad su restaurador, Dom Ildefonso Guépin, espíritu emprendedor, amante de las letras y favorecedor del trabajo intelectual entre sus monjes, promotor de muchas obras que aseguraron la irradiación y la expansión monástica de Silos. Supo Dom Guépin realizar la síntesis de las tradiciones locales, del antiguo cenobio y de la Congregación vallisoletana, y también las de la región, poblada de recuerdos monásticos, con el espíritu y la observancia solesmenses. Sin duda, la figura moral del Padre abad Lorenzo debe muchísimo a Dom Guépin –aunque este falleciese ya en 1917– por la impronta que dejó en él en sus años mozos y que siguió después recibiendo a lo largo de su formación silense. De estos años decisivos para él provienen los acentos tan sólidos y acendrados de su piedad, auténticamente benedictina, su estima por las tradiciones de la Orden, su sólida doctrina y su observancia ejemplar según el espíritu en el que fue formado, y que conservaría durante toda la vida. De este tiempo, en el cual las inteligencias jóvenes reciben las características más duraderas, data su cultura clásica, su amor por la lectura y el estudio, que le permitieron desempeñar después cargos de gobierno y de enseñanza.

En Silos era monje su tío materno, el P. José Antón Gómez, distinguido humanista, después Prior de N. Sra. de Montserrat de Madrid y martirizado en 1936 con otros monjes sacerdotes de la misma casa. Un primo del P. Lorenzo, José Olalla Antón, religioso escolapio, sería igualmente martirizado. Otro hermano de su madre, Miguel Ángel Antón, era converso en Silos, y estuvo destinado a la fundación silense en México, primero, y fue después uno de los fundadores del monasterio bonaerense. El Hno. Miguel, fallecido el 3 de agosto de 1972 era bien conocido y apreciado por quienes frecuentaban la casa, en la que durante casi sesenta años dio un ejemplo admirable de piedad y de sencillez. El único hermano varón del P. Lorenzo fue sacerdote claretiano, y falleció muy joven todavía.

El P. Lorenzo profesó los votos monásticos en Silos el 15 de septiembre de 1919 y fue ordenado sacerdote el 7 de diciembre de 1924. Poco después fue destinado a la fundación de Buenos Aires, que se había iniciado con escasos recursos, pero mucha fe, en 1914 en Bellocq, en el campo, y se había trasladado a la capital en 1916. Llegó a nuestro puerto el 23 de junio de 1926, con el P. Andrés Azcárate, designado nuevamente superior de la casa (lo había sido con anterioridad, hasta su designación como superior de Estíbaliz) y el P. Julián Alameda.

Comenzó entonces para el P. Lorenzo una vida intensa, en que debían integrarse, sin alterar la armonía que exige la Regla benedictina, actividades diversas con el recogimiento del claustro. Fue, en primer lugar, la colaboración literaria en las revistas publicadas por el monasterio: *Pax* y, más tarde, la *Revista Litúrgica Argentina* –colaboración prolongada durante varios años–, con artículos de doctrina y pastoral.

Al apostolado iniciado por los monjes silenses desde su llegada al país, por medio de la liturgia, las humanidades, el arte, se agregó en 1929 la recién creada parroquia de San Benito, que funcionaba en la iglesia monástica del Santo Cristo. El P. Lorenzo tuvo a su cargo la enseñanza del catecismo, y su contacto con los niños y jóvenes, que su carácter jovial y sencillo hacía más fácil, fue una de sus características. Fue vicario cooperador de la parroquia desde el comienzo de ésta hasta su elección abacial, y en este largo lapso de 35 años se dedicó con entusiasmo y tesón a las almas. Fueron los años fecundos del Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires, del nacimiento de la Acción Católica. Para la formación del laicado surgieron los Cursos de Cultura Católica; las jóvenes tuvieron en el Instituto de Cultura Religiosa Superior el medio adecuado para adquirir un conocimiento más maduro y profundo de su fe. Los Padres benedictinos, que intervinieron en todos estos momentos del prodigioso avance apostólico de la década del Treinta –que cambió el rostro religioso de la Argentina–, contribuyeron a iniciar otros, no menos significativos: los Seminarios catequísticos, la Academia Benedictina de Maestras, la Asociación de Escritoras y Publicistas Católicas (ASESCA), los grupos de estudiantes secundarias “Excelsior”, y en todas estas instituciones el P. Molinero fue conocido y apreciado por su saber y su bondad, desarrollando en ellos una proficua labor. Acudió también, como confesor, al monasterio de monjas benedictinas de Santa Escolástica. Contribuyó al vasto esfuerzo litúrgico promovido por los monjes, impulsados por el infatigable P. Azcárate, con algunas ediciones prácticas de textos; colaboró en la traducción del Misal diario, y se recordará durante mucho tiempo el todavía útil “Propio de la Orden benedictina”, que es un diurnal del oficio monástico, en latín y castellano, y que han usado con provecho generaciones de amantes de la liturgia y del canto gregoriano. Tradujo obras de espiritualidad del francés y del inglés. Mencionemos tan sólo el muchas veces reeditado libro del P. Pierre Charles SJ: “La oración de todos los momentos”. Pero no sólo escribía sobre la liturgia, la vivía con ejemplaridad; además, dotado de una bella voz y de un gusto depurado, ejecutaba con piedad y esmero las melodías gregorianas, y en una ocasión fue invitado a hacerlo ante los micrófonos de la entonces Radio Municipal.

Parece increíble hoy día que un puñado apenas de monjes pudiera desarrollar durante esos años actividades tan intensas y variadas, y sostener al mismo tiempo la regularidad de la vida conventual. Estaban animados por un celo verdaderamente apostólico, e intentaban inflamar con él a los católicos argentinos., Y todo eso mientras, con esfuerzo y sacrificio, estaban todavía construyendo su monasterio, y las obras de la iglesia abacial necesitaban de una dedicación sin desmayos para ser continuadas. Fueron años de sacrificio y de logros, a la vez, en los que el P. Lorenzo puso, junto a la actividad pública y reconocida, su parte de generosa abnegación.

Entretanto la comunidad crecía con la llegada de nuevos miembros, y el monasterio alcanzó en 1938 el rango de priorato conventual y en 1950 el de abadía. El P. Lorenzo ejerció cargos de confianza durante esos años; fue mayordomo, bibliotecario, prior, hasta que el 10 de julio de 1963, tras la renuncia del primer abad, D. Andrés Azcárate, fue elegido para sucederle. Recibió la bendición abacial el 8 de septiembre del mismo año, de manos del Emmo. Cardenal Dr. Antonio Caggiano, arzobispo de Buenos Aires.

\*\*\*

Eran los años del Concilio Vaticano II. Se producía entonces el cambio de clima en la Iglesia. Coincidentemente, se cerraba para la abadía de San Benito una etapa que podemos llamar fundacional y de expansión, y comenzaba otra. Había llegado el tiempo de una estabilización –llamémosla así–, en el goce sereno de los frutos de tantos años de esfuerzos y, también, de bendiciones del Señor. Se esperaba que el ánimo bondadoso del nuevo abad haría florecer, en la armonía de las voluntades conjugadas, un afianzamiento que demostrase la madurez de la semilla plantada cincuenta años antes. Con este anhelo se celebró solemnemente en 1965 el jubileo de la fundación. Pero esos años fueron, en cambio, años de prueba. Por lo visto, Dios no quería que llegase todavía el reposo, y probaba la constancia de sus fieles. El P. Abad no perdió la confianza ni su bonhomía pero pudo saborear la incomprensión y la hostilidad, en el difícil equilibrio de una evolución requerida por la Iglesia y por los tiempos, pero rechazada por unos y peligrosamente extremada por otros. No se le ahorró la pena de

ver defecionar a hermanos, recibidos y formados con amor. El P. Abad demostró poseer una amplitud generosa para permitir algunas experiencias y acompañarlas con su prudencia. Pero también hubo quienes abusaron de su bondad. Sin duda, no todos fueron éxitos, pero tampoco fueron todos fracasos.

En ese crisol se purificó su corazón de padre, de monje amante de su monasterio, al que se había incorporado cuando estaba prácticamente en los inicios. En este tiempo, la cualidad más evidente del P. Abad era su amor por la comunidad, y por ella, cuando creyó llegada la hora, renunciando al cargo abacial, ocupó sencillamente un lugar de trabajo y de servicio, de la manera que había vivido siempre, más deseoso de ser útil y ver perpetuarse la misión confiada a su abadía que de gozar del merecido reconocimiento.

Durante sus años de gobierno abacial supo abrir su monasterio a la renovación litúrgica, preparada por una larga dedicación a su estudio y difusión, y contando con un órgano respetado, la Revista Litúrgica Argentina. Se continuaron las obras de la iglesia abacial, hoy parroquia de San Benito abad. En la abadía se hicieron, desde 1964, las reuniones que congregaron a los superiores monásticos del Cono Sur, para considerar la implementación de la reforma litúrgica conciliar, y que se continuaron después en la Conferencia de Superiores (hoy: Comunidades) monásticas del Cono Sur, nacida en Los Toldos en 1966, en el curso de su primera reunión y que eligió presidente al P. Abad Lorenzo. En 1968 recibió en su abadía la III Conferencia de Comunidades monásticas, que incorporó como miembros a las Benedictinas de la Epifanía, otra obra nacida a la sombra de la abadía de Belgrano, y de quienes el P. Abad era asesor. Como sucesor del P. Andrés Azcárate ocupó igualmente la presidencia de la Confederación Argentina de Religiosos (CAR); en momentos difíciles, tuvo que guiarla con prudencia y paciencia hacia tiempos más serenos.

Finalmente, el 30 de enero de 1971 fue hecha efectiva la renuncia que él mismo presentara, espontáneamente, para que un nuevo superior tomara la responsabilidad de guiar el monasterio. Sencillamente, cedió su puesto, pero no quiso declinar su lugar de servicio. Se adaptó a las nuevas circunstancias, a los cambios que éstas imponían, y si a veces le costó el sacrificio, lo asumió en el silencio. Su corazón de padre, su experiencia, su penetración espiritual, llena de afecto, se mostraron en el desenvolvimiento de responsabilidades concretas que le fueron confiadas en la comunidad. Nunca escatimó su colaboración para las obras comunes, y para cada uno de los hermanos fue la suya una presencia que animaba y confortaba. Muestra de la confianza y estima de sus monjes fue el que, repetidas veces, se lo eligiese consejero por los capitulares. Entre los antiguos feligreses de la parroquia y en el vasto círculo de allegados al monasterio había ganado muchos amigos que siempre encontraron en él apoyo y afecto.

En estos últimos años, dotado de una salud robusta que fue un verdadero regalo del cielo, se prodigó incansablemente en su ministerio de ayuda a los más necesitados, los pobres, los afligidos y necesitados de guía y consuelo. A los que acudían a él con confianza y ponían en él una esperanza llena de cariño, sabía él dirigir hacia Dios y a N. P. San Benito, cuya devoción difundía incansablemente y a quien atribuía siempre toda gracia o mejoría obtenidas. Tampoco le faltó en esto la prueba de la contradicción por el abuso que algunas personas hacían de sus palabras y de sus actitudes, a veces confiadas e ingenuas. Pero todo lo sobrellevó con la misma serenidad de ánimo, poniendo su voluntad en el deseo de hacer el bien y cumplir eficazmente lo que había prometido en su entrega monástica.

Así llegó al umbral de los 78 años, cuando tras dos días apenas de enfermedad, fue visitado por el Señor, inesperadamente, pero no sin preparación.

\*\*\*

Su lema abacial era *NOBISCUM DEUS*: Dios con nosotros, Emmanuel. Como la Virgen María, a la que tanto amó y cuyas virtudes imitó, el P. Lorenzo vivió con Dios, lo mostró a los hombres:

con su profesión monástica, en la consagración de su vida entera al servicio de Dios,

a través del ministerio sacerdotal, distribuyendo los sacramentos y proclamando la Palabra, como abad, llevando con singular ejemplaridad el nombre con que el mismo Cristo es llamado y ejerciendo su paternidad para con los monjes, para todos los hombres y mujeres que se acercaban a él, siendo un medio del que se valió la gracia, para enseñarles y sanarles.

*NOBISCUM DEUS*, Dios está con nosotros, y Él, que nos dio en el Padre Abad Lorenzo un testigo suyo, nos ha de seguir bendiciendo y acompañando.